Apología — Robert Barclay — 227-229

Una condición accesible en esta vida
extracto de la Proposición IX § iv v

§ iv. Por una parte, algunos yerran al decir que no podemos caer de la más mínima medida de la gracia verdadera y salvadora, ni perderla. Por otra parte, es erróneo negar la posibilidad de alcanzar una condición tan estable que imposibilite una apostasía total y final. Entre estos dos extremos yace la Verdad, confirmada* en las Escrituras, que Dios nos ha revelado por el testimonio de su Espíritu y que también conocemos por nuestra propia experiencia....

§ v. Primero, de buena gana reconozco que es apropiado para todos ser humildes, y no confiar demasiado hasta el extremo de entrar en la iniquidad o morar en la exagerada certidumbre, como si ya hubiesen logrado esa condición. La vigilancia y el esmero son sumamente necesarios para todos los seres humanos mientras que respiran en este mundo. Dios desea que esto sea la práctica constante del cristiano, para que esté mejor capacitado a servirle, y también más fortalecido contra las tentaciones diarias del enemigo. "La paga del pecado es muerte,"[1] y por lo tanto mientras uno peque y esté sujeto al pecado nadie debe pensar que no puede perecer.

Por esta razón el apóstol Pablo dice (I Corintios 9:27) "sino que subyugo mi cuerpo y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo predicado para otros, yo mismo venga a ser eliminado." Aquí el apóstol supone que es posible que él mismo sea rechazado, aunque lo más probable es que había progresado mucho más en la obra interior de regeneración que muchos que hoy en día suponen con tanta presunción

[1] Romanos 6:23

que no pueden caer[2] porque sienten que han logrado una pequeña medida de la gracia verdadera. Al contrario, el apóstol usa esta posibilidad de ser rechazado (lo que ya dije antes) como un estímulo a la vigilia, "subyugo mi cuerpo, no sea que," etc. Sin embargo en otra ocasión el mismo apóstol, sintiendo el santo poder de Dios, se considera vencedor sobre el pecado y sobre los enemigos de su alma por medio de ese poder, y afirma con confianza "estoy seguro de que ni la muerte ni la vida" etc., cita que demuestra claramente haber llegado a una condición de la que sabía que no podía caer.

Segundo, se ve que tal condición es accesible por que se nos exhorta a alcanzarla, y como ya se ha demostrado, la Escritura nunca nos manda a hacer lo imposible. El apóstol nos exhorta así: "Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección" (II Pedro 1:10). Aunque esto establece una condición para la promesa, de todos modos ya hemos probado que es posible cumplir con esa condición y por lo tanto la promesa vinculada sí se puede alcanzar. Donde no hay certeza caben la duda y el desespero; si decimos que la promesa no se puede alcanzar, entonces los santos de este mundo nunca tendrían un lugar donde estar libres de la duda y el desespero, cosa absurda en sí y contraria a la experiencia de miles.[3]

Tercero, a muchos de sus santos e hijos Dios ha dado —y quiere dar a todo el mundo— la firme y plena certeza de que son suyos, y de que ningún poder será capaz de arrancarlos de su mano. Mas esta certeza no sería certeza si los que la reciben no estuvieran establecidos y confirmados más allá de toda duda o vacilación. Si están así establecidos,

---

[2] Latín: *hodie præsumptuose nimis impossibile sibi esse apostasiam facere jactitant,* "hoy en día se jactan presuntuosamente de que les es absolutamente imposible apostatar."

[3] Latín: *quod & Scripturæ & millium experientiæ repugnat*, "que contradice tanto la Escritura como la experiencia de miles."

entonces no cabe posibilidad alguna de que carezcan de lo que Dios les ha dado por seguro.

La Escritura demuestra ampliamente que esa certeza es accesible en esta vida, tanto en general como con respecto a individuos específicos. Apocalipsis 3:12, "al que venciere, yo lo haré columna en el templo de mi Dios, y nunca más saldrá de allí" etc., contiene una promesa general para con todos. El apóstol habla de ciertas personas que han sido selladas: "el cual también nos ha sellado, y nos ha dado las arras del Espíritu en nuestros corazones"(II Corintios 1:22). De este modo el sello del Espíritu se llama "las arras de nuestra herencia" (Efesios 1:13) en el que "fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa." El apóstol Pablo declara que él mismo ha alcanzado esa condición, no sólo en el versículo de Romanos antes citado sino también en estas palabras, "He peleado la buena batalla," etc. (II Timoteo 4:7) — cosa que muchas personas buenas también han hecho y han dado testimonio.

Nada puede estar más claro que lo que la experiencia de estos días demuestra, muy parecido a la experiencia de los tiempos antiguos; vemos que han habido personas, en antaño y recientemente, que han convertido la gracia de Dios en deseos desenfrenados, que han caído de su fe e integridad. De esto podemos concluir con toda certidumbre que ese tipo de caída es posible.

También hemos visto que varios, de hoy y de antaño, han logrado la indudable certidumbre de heredar la vida eterna antes de dejar este mundo; y fallecieron con esta buena esperanza, y el Espíritu de Dios dio testimonio de que son salvos. Entonces vemos que en esta vida se puede alcanzar una condición de la que no es posible caer. No fue posible que perecieran, porque el Espíritu de Dios dio testimonio, y lo pronunció *él que no miente*.[4]

---

[4] Tito 1:2 "en la esperanza de la vida eterna, la cual Dios, que no miente, prometió desde antes del principio de los siglos."

Fuente: Robert Barclay, *Apology for the True Christian Divinity*, Proposition IX § iv, v (Glenside PA: Quaker Heritage Press, 2002) pp. 227-229; y Roberti Barclaii, *Teologiae verè Christianae apologia*, facsimile (Amsterdam: Jacob Claus, 1676) pp. 169-171.